día al cielo una gran pasión, una pasión eterna conforme al ensueño de los poetas modernos, en tanto que la abuela, la besaba en la frente y, penetrada aún de esa graciosa y sana razón de la cual los filósofos galantes del siglo XVIII imbuyeron á las gentes, murmuraba:

—Cuidado, niña mía; si crees en tales locuras, serás muy desdichada.

EL BORRACHO

El borracho

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo negras nubes de invierno que dejaban escapar de cuando en cuando tremendos chaparrones.

El mar alborotado mugía y azotaba la costa, lanzando sobre la playa olas enormes, lentas y espumosas que rompían con fragor de artillería. Avanzaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, á impulsos de las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, como un sudor de monstruos.

El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo las hojas de las ventanas, tirando

las chimeneas y soplando de tal modo en las calles que era imposible pasar por ellas sin agarrarse á las salientes de las paredes. Un niño hubiese sido arrastrado como una hoja seca por sus ráfagas impetuosas.

Se había llevado las barcas hasta las calles de la aldea, porque el mar iba á barrer la playa en la marea alta, y algunos marineros ocultos detrás de las barcas, contemplaban aquella ira del cielo y del agua.

Pero desfilaban uno tras otro porque avanzaba la noche, envolviendo la tempestad y el estrépito de los elementos furiosos.

Dos hombres permanecían aun cerca de la playa, algo encorvados para resistir mejor la furia del viento, con las manos en los bolsillos y el gorro de lana hundido hasta el cogote. Eran dos robustos pescadores normandos, con un collar de áspera barba, con la piel requemada por las ráfagas saladas del mar, los ojos azules con un punto negro en el centro, ojos de marino que ven en las profundidades del horizonte como un ave de rapiña.

Uno de ellos dijo:

—Ea, vámonos, Jeremías. Vamos á jugar al dominó. Soy yo quien paga.

El otro vacilaba aun, tentado por el juego y por el aguardiente, sabiendo que se embriagaría si entraba en la taberna de Plumelle, contenido por el recuerdo de su mujer, que estaba sola en casa.

Preguntó:

—¿Has hecho la apuesta de emborracharme cada noche? ¿Qué sacas de ello, pues pagas siempre?

De todos modos le causaba risa la idea de beber á costa del otro y reía con risa de normando satisfecho.

Maturino, su camarada, le tiraba por el brazo.

—Ea, vente. Mala noche para acostarse sin calor en la barriga. ¿Qué temes? ¿No te calienta la cama tu mujer?

Jeremías contestó.

—La otra noche no supe encontrar la puerta... Tuvieron que recogerme del arroyo, cerca de mi casa.

Se reía de aquel recuerdo de borracho y poco á poco se acercaba á la taberna cuyos cristales iluminados relucían; se aproximaba empujado por Maturino y por el viento, y no se sentía capaz de resistir á aquellas fuerzas reunidas.

La sala estaba llena de marineros, de humo y de bullicio. Todos, vestidos de lana y de codos sobre

las mesas, vociferaban para hacerse oir. Cuantos más bebedores entraban más había que esforzar la voz para dominar la de los otros y el ruido de las fichas, que se colocaban dando un gran golpe sobre la mesa, sin duda para armar más ruido.

Jeremías y Maturino fueron á sentarse en un rincón y empezaron una partida, en tanto que las copas desaparecían una tras otra en las profundidades de sus gargantas.

Luego jugaron otras partidas y bebieron más copas. Maturino vertía sin cesar, guiñando el ojo al patrón, un tío encarnado como un pimiento, que se reía como si supiera que se trataba de una gran broma. Y Jeremías trasegaba el alcohol, lanzando carcajadas que parecían rugidos y mirando á su compadre con expresión entontecida y contenta á la par.

Los parroquianos desfilaban y cada vez que uno de ellos abría la puerta, entraba una violenta ráfaga de aire, que arremolinaba el humo de las pipas, balanceaba las lámparas y hacía vacilar sus llamas, y de repente se oía el choque sordo de una ola y el fragor de la borrasca.

Jeremias, con el cuello desabrochado, tomaba posiciones con una pierna tendida y un brazo colgando, y con la otra mano jugaba al dominó.

Ahora estaban solos con el patrón que se había acercado con gran interés.

Preguntó:

—¿Qué tal, Jeremías? ¿Te has refrescado ya á fuerza de beber?

Jeremías tartamudeó:

—Cuanto más bebo más seco tengo el gaznate.

El tabernero miraba á Maturino con sorna. Preguntó:

—Y tu hermano, Maturino; ¿dónde debe estar ahora?

El marino rió entre dientes.

—Ya está abrigado, pierde cuidado.

Los dos miraron á Jeremías que ponía triunfalmente el doble seis, anunciando:

—El alcalde.

Al terminar la partida, el patrón declaró:

—Chicos, yo me voy á acostar. Os dejo la lámpara y un litro. Vale una peseta. Cierra la puerta por fuera, Maturino, y tira la llave por debajo como hiciste el otro día.

Maturino replicó:

—No temas. Así lo haremos.

Paumelle estrechó la mano de sus dos parroquianos y subió lentamente la escalera de madera. Du-

rante unos minutos resonó su pesado paso en la casa, y después un crujido tremendo reveló que se había puesto en la cama.

Los dos compadres continuaron jugando; á veces una ráfaga más violenta que las otras sacudía la puerta y hacía retemblar las paredes, y los dos jugadores levantaban la cabeza como si fuese á entrar alguien. Luego Maturino tomaba el litro y servía aguardiente á Jeremías. De pronto el reloj de pared dió media noche. Su timbre ronco hacía un ruido de cacerolas y los golpes vibraban largo rato con ruido de hierros viejos.

Maturino se levantó en seguida, como un marinero que termina su cuarto.

—Ea, Jeremías, vámonos.

Jeremías se levantó con trabajo, apoyándose en la mesa; luego ganó la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Maturino cerró la tienda y dijo:

—Ea, buenas noches; hasta mañana.

El desapareció en la obscuridad.

*
* *

Jeremías dió tres pasos, luego osciló, extendió las manos, topó con una pared, que le sostuvo, y volvió á ponerse en marcha tropezando. A veces una ráfaga tremenda le empujaba y le hacía correr durante unos segundos; luego cuando terminaba la violencia del viento, se detenía en seco y luego volvía á ponerse en marcha tambaleándose.

Iba por instinto hacia su casa, como los pájaros van al nido. Descubrió por fin su puerta y empezó á palpar para dar con la cerradura. No encontraba el agujero y blasfemaba á media voz. Luego dió tremendos puñetazos llamando á su mujer para que viniese á ayudarle.

—¡Melina! ¡Eh! ¡Melina!

Apoyándose en una de las hojas para no caerse, se abrió, y Jeremías, perdiendo el punto de apoyo, penetró en su casa desplomándose, cayendo de bruces. Sintió que algo pesado le pasaba por encima del cuerpo y huía hacia la calle.

No se movía, transido de miedo, pues le aterrorizaban el diablo, los fantasmas, todos los misterios de las tinieblas, y esperó largo rato sin atreverse á hacer un movimiento. Luego, como vió que no se oía nada, recobró algo el sentido, la razón obscura del borracho.

Se sentó, esperó un rato más y atreviéndose por fin, gritó:

—¡Melina!

Su mujer no contestó.

Entonces, de repente, una duda, una sospecha nació en su mente turbada. No se movía. Continuaba sentado en el suelo, á obscuras, reuniendo sus ideas, haciendo reflexiones desordenadas y vacilantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

—Dime quién era, Melina. Dime quién era. No te pegaré.

Esperó. Ninguna voz resonó en las tinieblas. Jeremías se puso á razonar en alta voz.

—¡Estoy borracho de veras! ¡Como una cuba! El canalla es el que me ha puesto así; sí, para que no sepa dar con mi casa. ¡Vaya una borrachera!

Y añadió:

—Dime quién era, Melina, ó voy á cometer una brutalidad.

Después de callar un rato, continuaba con la lógica y la obstinación de los beodos.

—¡El es quien me entretiene en casa de ese indecente de Paumelle; y lo hace cada noche, para que no vaya temprano á casa. ¡Ah, canalla!

Repitió:

—Dime quién era, Melina, ó va á llover; te lo prevengo.

Estaba ahora en pie, estremecido por una cólera repentina, como si el alcohol que llevaba en el cuerpo se hubiese inflamado en sus venas. Dió un paso, topó con una silla, la cogió, anduvo unos pasos más, tropezó con la cama, la palpó y encontró dentro el cuerpo tibio de su mujer.

Entonces, ardiendo en ira, gruñó:

—¡Ah! Estabas aquí, bribona, ¿y no respondías?

Y levantando la silla que empuñaba con su mano robusta de marinero, la bajó con furia hacia la cama. De ésta salió un grito desesperado, desga-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

trador. Entonces empezó á golpear como uno que apalea trigo. Nada se movía en la cama. La silla se rompía en pedazos; pero le quedaba un barrote en la mano y pegaba sin descanso, anhelando.

De pronto se detuvo para preguntar:

—¿Me dirás quién era?

Melina no contestó.

Entonces, rendido de fatiga, idiotizado por la violencia de su cólera, se sentó de nuevo en el suelo, se tendió y se durmió.

Al día siguiente, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vió á Jeremías que roncaba en el suelo donde había los restos de una silla, y, en la cama, una masa informe de carne y de sangre.

MOSCA